

el azadón al hombro, cada día,
 para arrancar las venas a su campo.
 —¿Dónde voy a marchar? Soy ya muy viejo.
 Todo lo que deseo es que mi mano
 no destroce más tierra que la mía
 y que el pan sea fe de mi trabajo.
 —Quiero morir aquí. Estas paredes
 son para mí el recuerdo y el pasado.
 —Quiero ahogarme en mi pueblo con la sed de la espera
 y arrancarme los ojos a pedazos,
 porque me he vuelto tierra. La que piso
 suena igual que mi cuerpo desgraciado.
 —Suenan a crujir de almendra que se dora
 en el árbol ausente y acallado.
 Se levantó despacio de la cama
 aplastando en sus dedos el cigarro.
 Algunos que marchaban le decían:
 —Este pueblo es maldito y acabado.
 El decía: —Soy tierra de mi tierra
 y quiero echar raíces como un árbol.
 —Quiero sentirme libre, sin un yugo
 que me doble la espalda y me haga daño.
 —Quiero arar como araba. Que en mi tierra
 el sol no salga gris, sino dorado.
 Mientras tanto miraba pensativo
 la figura distante del arado,
 un sol de cal se unió a la madrugada
 para romper el canto de los gallos.

María Rosa VICENTE OLIVAS

LA CUARTA DIMENSION

Por Marciano BREÑA GALAN



El tiempo es la cuarta dimensión". ¡Cuántas cosas se desprenden de este aserto!

Si pensamos en cualquier cosa y establecemos unos juicios propios, producto de nuestra cosecha mental, acerca de un tema cualquiera, en un momento dado, no nos vemos libres de olvidarlos y dar al traste con ellos si dejamos pasar el tiempo sin mantenerlos en vigencia dentro de nuestra cabeza. Así, llegará otro momento en que reflexionemos otra vez sobre ese tema cualquiera y podemos ver que nuestra mente está "in albis", que no tiene nada "a priori". Y puede darse el caso de que, incluso con más esfuerzo que antes, y aún con trabajo, lleguemos a una conclusión "más cercana" (en el sentido de menos profunda) y totalmente diferente (o, incluso, opuesta) a aquella que sacamos con lucidez y sin esfuerzo aquel otro momento anterior en que nos encontrábamos en plena forma mental.

En tales casos se nos escapa un suspiro: "¡Ah, el paso del tiempo!, ¿qué pensé yo entonces para concluir de manera más rotunda que ahora?, ¿quién iba a pensar que yo iba a llegar a esta situación? ¡ah, el paso del tiempo!, ¡todo lo hace posible!".

¿No nos entran ganas de volver pasos atrás en el tiempo? ¿Quién podrá? Y, entonces, nos imaginamos al tiempo como una estela en el espacio suprasidereal, como un camino, sobre el cual están plasmados en estatuas, en grupos escultóricos, los hechos,

las personas, los aconteceres sucesivos; en tal punto de la estela están representadas las personas que hicieron tal o cual cosa y de la manera que la hicieron en el momento correspondiente a dicho punto de la estela temporal.

Será lógico que en el trecho de la estela que está de nosotros hacia adelante no habrá nada; sólo habrá representaciones, plasmas, hasta el punto en que nosotros nos encontramos ahora; pero, en el punto en que nosotros nos encontramos no habrá plasmas, habrá realidad, acción viva, o, si queremos, teatro. De ahí hacia atrás sólo habrá película cinematográfica; pero no proyectada, sino sólo extendida ante nosotros, estática, viéndose todos los fotogramas en simultáneo.

Ahora nos toca preguntar: ¿Podemos considerar el tiempo como la cuarta dimensión?, ¿Por qué no? Fijémonos que todo el mundo se lamenta del paso del tiempo, lamento que es una protesta más o menos velada, señal inequívoca de nuestra impotencia ante él. ¿Cuántos filósofos han reducido su trabajo (y su existencia) a la problemática del tiempo! Más bien, yo diría que todos sin excepción. Todos protestamos, nos rebelamos contra el tiempo, es decir, no lo dominamos, sino que nos domina él a nosotros.

Evidentemente, el hombre, y cualquier ser del reino animal, del vegetal o del mineral, tiene tres dimensiones, pertenece al espacio de tres dimensiones, porque se mueve dentro de él. El hombre se mueve dentro de él y lo domina. Cuando quiere, está aquí o allá, más alto o más bajo, más a la derecha o más a la izquierda, ¿no es cierto? Pero, ¿está cuando quiere, está en el momento futuro más alejado o menos alejado, o está en el momento pasado que quiera?

Si nos imaginamos un ser de la primera dimensión (que sólo tiene una), podremos pensar que puede protestar contra la condena de vivir siempre en línea recta, como en tubo infinitamente estrecho e infinitamente largo, sin poder salirse de él.

Imaginemos un ser de la segunda dimensión y lo veremos como algo que tiene superficie (anchura, además de largura), pero infinitamente bajo, de "vida rastrera". Se podrá mover a derecha o a izquierda, hacia adelante o hacia atrás, pero no podrá levantar ni siquiera un milímetro la cabeza del suelo. Para guardar sus caudales basta, como caja fuerte, una circunferencia (una línea) dibujada en el suelo. No habrá ningún ser de la segunda dimensión que le quite el dinero "por arriba".

Nosotros, los de la tercera dimensión podremos desplazarnos

hacia arriba o hacia abajo y hacer todas las cosas que hacemos. A nosotros nos toca protestar por el paso del tiempo. No podemos desplazarnos, a voluntad, hacia el antes o hacia el después. Estamos condenados a vivir en el presente.

Ahora bien, ¿quién vive en el pasado, en el presente y en el futuro, a la vez, o a su voluntad?, ¿quién domina el tiempo?, ¿no es Dios?. Luego, ¿no podremos decir que Dios es un ser de la cuarta dimensión?

De este modo, podemos explicarnos (explicación "sui generis") muchos misterios. Por ejemplo, los milagros. Igual que nosotros dominamos las tres primeras dimensiones y, si hace un momento, estábamos dos metros más a la izquierda que donde estamos ahora, podemos volver allí al momento, Dios, que domina la cuarta dimensión, se puede desplazar y actuar "en él" a su gusto, cambiando todas las condiciones para que cuando llegue el momento dado (que El ya ha visto, porque ha "estado" allí antes) se produzca el milagro deseado, sin que nosotros acertemos cómo.

Algo así podría ocurrir con un ser de la segunda dimensión, al que según dijimos, le bastaría una circunferencia "dibujada sobre el suelo" para guardar su dinero de los ladrones. Pero, hete aquí que llega un ladrón de la tercera dimensión y se lo quita "por arriba", y nuestro buen hombre de la segunda dimensión se queda pensando en cómo se habrá podido producir tal cosa que parece milagro.

¿Cómo explicar los milagros de Dios? Sólo cabe pensar que El sí está en el espacio tridimensional, además de que en el cuadrimensional. ¿O es que no decimos que Dios está en todas partes (espacio tridimensional)?

Más, ¿se limitará Dios a pertenecer a un espacio al que también pertenecen otros seres como son los espíritus puros, capaces, también de hacer milagros? ¿No se distinguirá en algo? ¿No será más superior? Algo nos hace suponer que sí y nos impulsa a creer que Dios pertenece, también, al espacio "pentadimensional" y que domina, por tanto, la quinta dimensión. ¿Cuál será la quinta dimensión? No lo podemos saber, ni siquiera imaginar, pues le está vedado a nuestra imaginación (hablemos adaptándonos a las limitaciones del lenguaje) ver más allá de los terrenos que hacen frontera con ella (la cuarta dimensión). Y esto es claro: si nos asomamos a un monte muy alto, veremos muchas tierras, justo hasta el horizonte, pero no más allá de él, pues es contradicción. Si acaso, nos imaginamos (sin ver) lo que hay más

allá del horizonte; límite de este "más allá" sería un segundo horizonte. Dicho "más allá" sería lo imaginable desde nuestro monte. Más allá del segundo horizonte no podremos imaginarnos nada (mucho menos, ver), so pena de caer en segunda contradicción. Por tanto, podremos imaginarnos el tiempo como cuarta dimensión, dimensión que, por otro lado, no dominamos (no vemos). Imaginar la quinta dimensión para un ser de la tercera es cosa de todo punto imposible.

¿Hemos llegado a la definición de Dios? ¿Podemos decir que es el ser de la quinta dimensión (sin que haya otro más) y que domina todas las anteriores?

Nosotros (de la tercera dimensión) hacemos con un objeto una superficie y nos hacemos, así, la idea de espacio de dos dimensiones (plano). De igual modo podemos hacernos la idea del espacio de una dimensión, mediante la confluencia de dos planos, o como se quiera. Y, también, podemos hacernos, así, sucesivamente, la idea de espacio de ninguna dimensión (punto).

Luego, mediante el procedimiento de la idea, podemos considerarnos creadores de los espacios de menos dimensiones que el nuestro.

Como dicen que las cosas creadas son ideas de Dios así queda explicado el proceso de creación nuestra por parte de un ser de un espacio de más dimensiones que el nuestro. ¿Pertenece este ser al espacio de las cuatro dimensiones? No, porque tendríamos como posibles creadores a todos los múltiples seres de la cuarta dimensión. Y, aún así, ¿quién crearía a ellos? Otro que pertenezca a una dimensión superior, sin dejar de "dominar" todas las inferiores. Luego, el Creador ha de pertenecer como mínimo a la quinta dimensión.

A ojos de un racionalista, no es posible, ir más allá de la cuarta dimensión. Es decir, que espacio real, racional, no habrá más que el de tres dimensiones (monte), desde el cual podemos ver sólo uno, cuatridimensional, e imaginarnos sólo uno, pentadimensional. Después de éste, ninguno.

Por eso, éste es el de Dios. Porque, ¿qué detrás de Dios?; detrás de Dios, por definición, nada. Nada crea a Dios, porque El es sin origen. Por tanto, el espacio "sextadimensional" es el espacio de la nada. Pero, de la "nada infinita", al igual que el punto es el espacio de lo "infinitamente nulo", por no tener dimensión alguna.

Y, así, vemos que, ciertamente, el hombre es la medida de todas las cosas, puesto que ocupa el centro de los siete posibles

espacios dimensionales, centro desde el que nos lanzamos al estudio de los demás espacios, comparándolos con el nuestro, que es el único real, el único estable (por el momento), pues ni el último ni el primero ni el segundo ni el tercero existen, y el quinto (de la cuarta dimensión) está en función del nuestro, o, mejor, de nosotros, del hombre (que, así, demuestra que es el rey de la Creación o del Todo). Sólo el sexto se escapa de nuestra consideración por ser el feudo propio de Dios, inexpugnable desde el espacio tridimensional. Claro es que desde el espacio cuatridimensional si es asequible. Es decir, los espíritus puros pueden ver los terrenos del espacio pentadimensional. ¿No es esto lo mismo que aprendimos en el Catecismo sobre la imposibilidad de comprender los misterios de Dios, cosa que sí pueden hacer los ángeles y los santos?

Una última consideración: los seres cuatridimensionales pueden "hacer milagros" en el espacio tridimensional, pero habrá de ser sólo por delegación, jerárquica o progresiva, de quien está en el espacio superior (el pentadimensional), que será el único que pueda operar milagros en todos los espacios, de modo que un ser cuatridimensional puede actuar en los espacios inferiores al suyo pero no en el superior (al que sólo podrán ver) y menos los que están sobre éste. Este "ver, pero no actuar" es lo que, capacitándolos para comprender los misterios divinos, señala la diferencia entre Dios y ellos, diferencia del mismo orden, que la que hay entre ellos y nosotros, seres de la tercera dimensión (por ahora).